

## El señor Dalmau\*

(cuento inédito)

Al primer vistazo, me pareció que el salón de fiestas estuviera lleno de dientes. Era una laguna en tinieblas, en medio de la cual avanzaban y retrocedían centenares de dentaduras perfectamente conservadas. Ese fue mi primer paso en la gran sala. En ese momento, volví la cabeza.

La llamada vino conducida por un soplo de aliento humano que llegó desde atrás; *demasiado humano* para este lugar, pensé, saboreando la idea con una sonrisa de viejo: ya no es posible recordar a los poetas -decía- si no es desde el fondo de la memoria. Todos son arqueológicamente viejos y hoy por hoy, su reconstrucción es imposible. Al mismo tiempo, sabía que esa destilación personal que llegaba hasta mí, poseía un toque fúnebre particular; algo de tapa levantada de sarcófago, que debía estar escapando de algún lugar de mi memoria.

Pero yo ya había vuelto la cabeza y una dentadura se colocó delante. Dos filas de aquellos incisivos, que a los forenses de las películas, y con seguridad, también, a forenses comunes, les permite obtener la identificación completa de un cadáver. Pero este no era el caso. El intruso estaba vivo. Todavía vivo. No había nada que hacer.

A estas alturas, aún no había podido descubrir quién era esta persona. Yo sólo había pisado el cable que activa la alarma y una nariz de hombre de lata avanzó desde la oscuridad. Ojos, boca y orejas volvieron igualmente a la vida, así que este era el momento decisivo para efectuar un reconocimiento, que no se hiciera esperar demasiado. ¿Cómo se llama este espantajo? ¿Qué pasará si se me viene encima de una vez, gritando: «¡Ramiro, chico! ¡Eres tú, coño! ¡Ramirito, amigo mío!» (Algunos compañeros de colegio, que en su candor prosiguen inútilmente aferrados a un pasado muerto, insisten patéticamente en recordarme por el diminutivo).» ¡Eres tú, no lo puedo creer!» ¡Pues créelo, maldito! ¡Soy yo!, irremediabilmente y ahora mismo empiezo a de-

testar con todas mis fuerzas ese apelativo, porque me suena idiota y asquerosamente vacío y a menos que este minuto sin conclusión se disuelva sobre si mismo (algo como hacerse encima y escapar antes que sea tarde), no me va a quedar otro recurso que entregarme a la desesperación y perderme entre la multitud...

-Yo soy Dalmau.

La situación se volvió al revés.

Dalmau.

La cara ya estaba allí, casi tropezando conmigo, sin guardarse nada.

Desvanecida la sonrisa, los dientes quedaron reducidos a dos líneas delgadas, casi perfectamente regulares.

-¡Ah, si, señor Dalmau! Por supuesto!

Esa fue mi respuesta. La primera que me vino a la boca; pero ahora sé de quien se trata.

Joan Dalmau el catalán. El hombre de Barcelona. El retrato de un autómatas divertido de cuento de Hoffmann. El coleccionista Dalmau, que hace morisquetas junto a una silla de dentistería, en una casi imaginaria residencias del barrio del Puxet.

Es cierto que he debido preguntarle, cuando menos, qué hace usted por aquí, don Joan; que lo trajo tan lejos de la magia, tan fuera del aliento sagrado de las piedras mediterráneas y de las toscas escrituras que se acumularon, casuales, capa sobre capa en aquellas fachadas de la parte alta de la ciudad de Barcelona; pero no le dije más nada de lo que ya he puesto aquí, sino que le eché mano a su brazo; apreté un cilindro casi vacío donde bailaban fibras y tendones (la sensación se me había quedado en los dedos por años y años) y principiamos a caminar juntos a través del salón lleno de gente.

-Esperé mucho, don Ramiro (el «don», me hizo aparecer como un indio desnudo con sombrero de copa; pero él no sabía expresarse de otra manera; no conocía un tratamiento más sencillo) y concluyó: - Pero ya ve usted que estoy aquí. Perdóneme.

La amabilidad de su trato había sido una escuela benévola para un sudamericano descarriado; y es que estos antiguos montañeses pirináticos, vienen al mundo dotados de una recia constitución nerviosa y una afinación corporal y gestual casi perfecta.

-Aún no le he preguntado, cómo está.

-Contándolas, todavía, don Joan. Aunque aquella Barcelona caso me volvió loco. Es más, cuando salí de allí, ya había perdido el juicio.

-Pero entonces no lo parecía usted, de veras.

-Me refiero al juicio verdadero. Lo que nos queda después, es la costumbre.

Sentí el impulso de preguntarle, por qué vino a Caracas o a quién esperaba encontrar aquí, señor Dalmau; pero no lo hice, porque ya lo sabía.

Sabía que esperaba por mí.

Ocurrió mi primer encuentro formal con Juan en la Plaza del Pi, un espacio barcelonés, adecuadamente equipado para promover situaciones poco comunes, como seguramente lo secundará cualquiera que conozca el lugar; no obstante que los encuentros no programados, ocurren con frecuencia en lugares sin importancia, por donde pasamos sin mirar; pero el Pi estuvo antes en una relato memorable de Enrique Hernández D'Jesús y se convirtió más tarde en una de mis locaciones recurrentes en tardes de verano. En este segmento del pasado urbano, todo parecía preparado para ambientar mi escena vespertina de esos días; solitario interesante y de buen ver, libre de sospechas, se limita a ocupar una mesa a la sombra y panea la mirada a discreción sobre el ambiente. Venía repasando la secuencia, mientras buscaba la sombra de las paredes en las callejuelas del Barrio Gótico. Iba a ser una toma subjetiva. Las personas pasan por delante o desaparecen por los lados, mientras me desplazo cámara en mano. Son vidas que derivan fuera de la circunferencia del lente, para trasladarse a destinos diferentes y desconocidos. Hasta que, finalmente, desemboco en la plaza y ya tengo delante mi pequeña mesa de mármol. Un libro que siempre me acompaña, sin que por ahora le permita tomar parte en la acción; un botellín de Codorniu y la copa servida, a la mano. La tarea del espumante se concreta a mover clavijas sobre el paisaje, hasta que un golpe certero de muñeca, haga posible obtener el grado de afinación extrema, irreprochable. Empeño vano. Extremos de esa naturaleza, únicamente son posibles como anticipación. Vervigracia, una puerta abierta al otro lado de la plaza, junto a una pequeña vitrina que exhibe menudencias envejecidas. Dentro de ese marco sin importancia, un sombrero hongo sujeto a una mano, traza una media circunferencia y se aplana con elocuente precisión sobre una cabeza. La cabeza es puntiaguda y está bañada por una pelusa muy ligera y semitransparente, que se derrama con gracioso descuido por ambos lados.

Estaba viendo por primera vez, en carne y hueso, al Sr. Dalmau.

Las clavijas movidas por el champán, crujieron al unísono y pensé que la tonalidad de do mayor ya no abandonaría este mundo.

Desde el portal de la pequeña tienda de curiosidades, el señor Dalmau caminó a través de la plaza, en dirección a mi mesa, y se paró a un costado. En ese momento, su figura, no propiamente estrafalaria, aunque curiosa y divertida, ocultó a medias la fachada de otro establecimiento, situado esta vez mi derecha. Una librería de ocasión. Casualmente, uno de mis apuntes favoritos, para un guión transparente que hace tiempo venía haciendo apariciones parpadeantes y ocasionales por entre mis ideas.

Por lo que había conseguido averiguar a través de Rutilio, un cubanito afeminado que atendía a las mesas, el establecimiento en cuestión era propiedad de un grupo de militantes anarquistas; con seguridad, una sobrevivencia nostálgica de lo que llegó a ser en esta parte del mundo esa confesión irredenta, ahora que la indolencia y el desencanto todo lo pervierten. Me complacía lanzar miradas a medias escondidas al diminuto escaparate amarillento, pretendiendo reconocer alguna parte de su historia, en caso de que hubiera una historia alojada ahí dentro. Pero sólo de cuando en cuando, veía cruzar la puerta a los exponentes de un variado material humano que no sabría si calificar de anacrónico. Aunque al mismo tiempo me atrevería a decir, toda Europa es un anacronismo, convencimiento que me hace feliz, por cierto.

Overoles de caqui al estilo de los artesanos de ayer, rígidos delantales de empleados de almacén, gorras que recatan cabezas semicalvas de funcionarios jubilados y en medio de todo, como introduciéndose de través en el cuadro, casi sin ser notado, hacía su aparición una camisa a cuadros de mangas veraniegas, la cual escondía a un escritor de guiones cinematográficos inéditos, en el momento en que ingresaba sin boleto al local. Para achicar las cosas y poder volver al camino original, diré que esa escurridiza persona se introduce en el seno de la cofradía y pronto empieza a parecer uno más de ellos. La imaginaria anécdota, no es más que una parte del guión que trato de hilar mentalmente en las tardes; pero así mismo, sostengo que la condición de anarquista y ácrata de la vieja escuela catalana, constituye la única afiliación decente a la que me siento inclinado a agregar mi nombre con honor y es la única entre las ideologías de entre Siglo, que por no estar obligada a poner la cabeza en el tajo, pasará de largo, y muy pocos se darán cuenta de que no estuvo en el banquillo.

Poco me importa que mis amigos pierdan la paciencia, tachándome de irracional y divagante. Yo les respondo con mi silencio indiferente, y allá en el oscuridad, paso la punta de mi lengua por las astillas de mi vieja muela anarquista, que han quedado en su hueco, petrificadas; aunque, a pesar de todo, el raigón insiste en despertarme por las madrugadas, con las lanzadas de un dolor recóndito y en cierta medida acariciante. Yo la dejo que se desahogue por un rato, hasta que ella misma me devuelve a mis sueños.

De pronto, lo tuve delante de mí.

-Perdone usted.

Medía por lo menos uno setenta y ocho. Sus manos eran herramientas frágiles pero insistentes, desprovistas de nervios, casi juguetonas.

-Si me permite importunarlo.

-Por supuesto. No tengo inconveniente.

-En los tiempos que corren, aceptar es casi una excentricidad de su parte.

-Pedírmelo, no deja de serlo.

-Pues me parece que no tenía otro remedio que correr ese riesgo, señor mío. Con permiso.

Me miró de una manera entre recatada y jocosa, que lo dijo todo sobre nosotros; mas, yo prefería guardar silencio, por ahora. Entonces, retiró una silla y tomó asiento sin más protocolos.

-Sé que no estoy equivocado: me parece que lo he visto por aquí otras veces.

Su vestimenta era atrasada y lo bastante pasada de moda como para haber salido, por ejemplo, de una sastrería de la calle Ferrán. Su delgadez extrema, se percibía por debajo del paño como una armazón artificial. Tenía la apariencia de un autómatas, aún por su cara, donde las diferentes piezas del conjunto habían comenzado a aflojarse. Edad indefinida como suelen ser las edades que soy capaz de calcular en los demás, desde mis cincuenta años. Sólo mi edad es una edad. Todo lo demás es incierto. Una mascarada.

Le hice saber, poniendo por delante mi mejor sintaxis castellana, que tenía por costumbre venir a este lugar dos o tres veces por semana, durante el verano. Mi idea es estar solo, pero... ¡No, no! Siga, por favor. Sólo he querido decir que... Está bien. Continúo. Soy de origen sudamericano como habrá adivinado y de seguro que mi conversación y mis modales le resultan un tanto informales. ¿Lo he dicho bien?

¡Su risa! (Comenzó a sonreír cuando dije, «un tanto demasiado». Tuvo que parecerle cómico). Lo había presentido. Cra, crac, crac, cra. Choque metálico de ruedecitas y alguna pieza suelta. Luego, cuando por azar tropezamos la manos sobre la mesa, noté con agrado que había energía en sus dedos. En ese instante, me pareció que rejuvenecía. Sus ojos de un azul guardado se aclararon más. Algo se estremeció bajo su ropa. Catalán, no cabía duda. (En Cataluña no hay españoles que hayan nacido allí. Madrileños, no existen. Los andaluces son inmigrantes en este país y ellos lo saben y se cubren con Carmen Amaya).

Cuando le tocó hablar, tuve necesidad de sujetar bien mis nervios, porque, al verse en la necesidad de emplear el castellano para mí, lo hizo de tan incómoda manera, batallando con férulas que se clavaban entre sus dientes y unas aterradoras contorsiones de la lengua, que el pánico me sobrecogía, al imaginar que el pobre iba a acabar rodando a mis pies, sacudido por aterradoras convulsiones. Por mi parte, sé que jamás conseguiré meter, dentro de la regularidad carpinteril castellana, las anfractuosidades de ese acento ancestral, donde la «ll» de Maragall destella como el ejemplo más dramático).

Durante esa primera tarde en el Pi y en otras que le siguieron inmediatamente, me contó mucho más de lo que ahora podría traerles acerca de su vida, ya que he debido olvidar una gran parte. En una ocasión principió a hablarme sobre su pasión de coleccionista, y por poco todo hubiera podido quedar allí, sin pasar adelante, porque al mismo tiempo encargó al cubanito una de esas bebidas autóctonas, que más bien parecen lociones de uso externo. Estomacal Bonet y para mí otro botellín, bien frío, carajito. Esto que me ve hacer, es un auténtico lujo para un hijo del trópico, créame, don Joan. Para cualquiera de nosotros, el champán es algo menos que un delirio pecaminoso de la adolescencia. Nunca tendremos allá una región del Penedés, de donde salgan humeando las botellas como panes del honro.

Le rogué que continuara con su tema. Colecciono de todo y ya veo que usted también me mira como si yo mismo fuera un objeto de colección. Lo soy, en parte. Pero de mí nadie sabe nada ni yo sé nada de los demás. El viento me lleva y si alguien me viera pasar en el aire pensaría que soy una pavesa. Cuando, hace un momento, me vio salir de ese tenducho que hay allí en frente, es porque de vez en cuando suelo encontrar allí alguna cosilla.

Había sacado una mano apuñada de un bolsillo de su americana (noten ya los progresos que obtengo en mi normalización lingüística castellana) y abrió teatralmente los dedos por encima de la mesa como si regara semillas. Con esto empieza mi nueva colección de imperdibles. Es mi manía de la semana. Son naderías. No le culpo si lo hacen reír.

Ninguno de aquellos esqueletos metálicos se parecía al otro ni aún en el tamaño. El más descollante, era un capricho artesanal modernista, una maraña de alambres dorados, donde el reto consistía en encontrar la punta y el lugar donde había que encajarla. El siguiente era el representante de Liliput, un infusorio que se desvanecía entre los dedos.

Me aclaró que en este sentido sus preferencias variaban como las nubes de Mayo. Yo dejo mi ventana abierta y por ahí entran y se van mis caprichos. Ni dejan ni se llevan nada que de veras me pertenezca. Pero usted tendría que venir a conocer mi casa en el Puxet. Yo lo he visto pasar por el frente y si no me equivoco, va usted a comer casi todas las tardes al bar de la esquina. Es usted amigo del propietario, Enrique, un andaluz que fue en sus mocedades torero y conoció al venezolano César Girón. He notado con satisfacción que usted nunca ha dejado de lanzar una mirada amistosa a mi casa...

-Se diría que la han sacado de un horno de cerámica, un objeto de orfebrería, en estado de locura ornamental como el que se produce en la vegetación de mis país durante los meses de lluvia. Es una miniatura preciosa y casi la aspiro con nostalgia como si formara parte de mi memoria.

-Sí. Parece una residencia de juguete, un pasatiempo de aquellos maestros de obras de la Barcelona modernista. Allí guardo mis colecciones permanentes, especialmente aquella que tuvo su comienzo un día, hace treinta años, en esta misma ciudad, frente a una vitrina donde me detuve a contemplar una exhibición de piezas de ortopedia. Por mucho rato, no me fue posible apartar la mirada de esos aparatos inverosímiles. Volví allí varias veces. Me dejé seducir por ese universo congelado. Lo hice mío.

-Hay una placa junto a su puerta donde pone, Dentistería, con letras retorcidas y en relieve que podrían adornar la cubierta de un pastel.

-Qué buenos reposteros hemos sido es verdad. Salían maravillas de aquellas manos. El barro vidriado, aplicado a los muros y los pasamanos, hoy parece que guarda su calor primitivo y pudiera ceder al toque de los dedos. Los resaltes y los herrajes que brotan de las fachadas de la calle de Balmes, halagan la vista y hasta diría que rientan al paladar.

Hizo una pausa y me dirigió una mirada penumbrosa, que sorprendentemente interpreté como una súplica. Quería que leyera su verdadera edad en la inmovilidad de sus facciones, que en ese instante habían abandonado el combate y retrocedían contra ellas mismas, dejaban de ser. Quité mis manos de la mesa para esconder la sacudida de un escalofrío. ¿Es que no iba a ser capaz de mantenerlo vivo un momento más? Un segundo después, hubiera podido extender la mano hacia él y tocar en su lugar el frío de la mesa de mármol.

-Soy médico dentista. Esa es mi profesión. Pasé de las prótesis dentales a las correcciones mecánicas de la ortopedia, pero siempre dentro de mi vocación de coleccionista espontáneo. Es un arte que arranca de aquellos años tenebrosos de la Europa romántica, ahitos de ficción, cuando se intentó reconstruir la anatomía humana a partir de piezas de fundición, las cuales estaban destinadas a albergar un alma, que a su vez había sido aislada en el laboratorio.

No tuve valor para hablarle de mi visita de contrabandista a su consultorio dental, porque estaba convencido, más bien por instinto, de que él lo sabía todo al respecto y de seguro no deseaba darse por aludido. Fue un impulso inconciente, el que llevó mi mano a la madera de la puerta de su casa y me hizo empujar con extremo cuidado, temiendo, sin motivo, que pudiera ocasionar dolor.

La hoja se abrió en silencio, más de lo que hubiera esperado. En seguida, pasé al interior de un claroscuro, una toma de cine en blanco y negro, en cuyo fondo, los fragmentos visibles de una escalera curva desaparecían hacia el techo, confundidos en un torbellino de sombras y volúmenes de distinto espesor. Pensé, y hasta hubiera querido tomar nota de aquello, que ese salón de estar y su abigarrado mobiliario, eran el interior de un cetáceo, alimentado con restos de naufragios.

Me acerqué a la puerta abierta de una habitación lateral, que permanecía iluminada. La claridad trazaba reflejos geométricos, rojos, azules y dorados sobre las baldosas vidriadas del salón. Estaba penetrando en su consultorio de dentista, aunque no me atreví a pasar del umbral. En la profundidad, una gran vidriera policroma sustituía a la pared.

Era su caricatura la que se recortaba al lado del sillón. La bata blanca, el gorro, el tapa boca pintaban de un blanco calcáreo, acartonado, más de la mitad vertical de su figura. La silla y el instrumental, podían haber sido recortado de un catálogo de piezas de dentistería, retiradas del mercado tal vez desde las primeras décadas del Siglo.

Dalmau se disponía a introducir el extremo de la fresa por la gran boca abierta de un paciente, cuando su brazo se detuvo, un segundo antes de que el contacto tuviera lugar y un escalofrío interior anticipó el siniestro chirrido sobre mis propios nervios.

Volvió la parte visible de su cabeza hacia mí. Sólo la franja de los ojos, me apuntaba a la cara con cierta vis cómica, teatral; mientras sus dedos alargaban el brazo articulado de la herramienta como si me ofreciera una copa de champaña.

Salí de allí casi en carrera. La oscuridad me llevó a tropezones hasta la caja de la escalera y allí estrellé mi cuerpo con una larga puerta vidriera que se estremeció tintineando.

Había hecho mi entrada al mismo gabinete del coleccionista, una galería abovedada que sólo recibía luz, al final, por una ventana encristalada. Multitud de instrumentos de ortopedia, se amontonaban en abigarrada confusión. Extremidades huera, desangradas se desprendían colgando del emplomado de la bóveda; mientras, en las paredes se alineaban cientos de piezas rústicas extravagantes, diseños procedentes de una artesanía demencial, primitiva muchas de las cuales no parecían guardar relación con la familia humana.

Sólo me entretuve unos instantes en esa especie de osario artificial, donde seguramente la aparición de un hueso proveniente de un cuerpo verdadero, hubiera brillado como un tallo de lirio.

Camino a la puerta de la calle, una mirada rápida al consultorio me hizo saber que mi amigo no estaba presente en el lugar. El gabinete parecía abandonado y sus instalaciones en ruinas. Vi grietas en el estucado del techo y cristales rotos en las vidrieras; lo que me hizo pensar que toda aquella muestra de saldos de inventario, acumulaba polvo bajo en el mismo lugar quizás desde hacía mucho tiempo.

Por un instante, una sensación de aturdimiento estremeció mis ojos interiores. ¿Dónde me encontraba realmente? Los árboles de la plaza del Pi se despegaron de su viejo suelo. Ahora yo también tenía por delante la vitrina de un establecimiento de ortopedia. Sólo que las fachadas, el ruido de la calle, las caras de los transeúntes, habían ganado una acentuación que era familiar a mí oído. Conozco ese sonido, me dije. Formo parte de él.

Era una calle del barrio de La Candelaria en Caracas, un sector de la vieja ciudad, que ha sido residencia de peninsulares y canarios desde el tiempo de la colonia. Las calles estaban pobladas de tascas y res-

taurantes al estilo español de exportación, donde la concurrencia de los mediodías llega a ser asfixiante. Me había hecho un lugar en una barra, e intenté cerrar mi cabeza a la desenfundada algarabía que inundaba el local, y estaba decidido a conseguirlo aún a costa de mi vida. Me arrojaría al fondo de mi cazuela de gambas al ajillo, donde los crustáceos temblaban en el aceite hirviendo. No tenía más que ponerlo por obra ahora mismo, ya que, por fortuna, nunca había aprendido a nadar. En esos días de los primeros años sesenta, todos nos sentíamos un poco forzados a vivir sin haberlo pedido. La sangre de los días nos manchaba la ropa. Amábamos con un furor hirviente que nos partía los labios y nuestros lugares de dormir tenían manchas en las paredes y oían a libros de ocasión. Pero nadie que supiera medianamente lo que hacía iba a matarse en esos días. ¿Acaso hay alguien que se mate por nada?

Regresé a la calle, con el estómago perforado por la cuchillada de tres cervezas. Esta úlcera gástrica de segunda está protegida por la década, e intenta comportarse como si fuera de primera, reflexioné. ¿Cuándo haré el viaje a Europa? No sé si Barcelona o París. Me preguntaba en ese tiempo, si todavía valía la pena hacer películas, a pesar de que no había hecho ninguna. Quizás era esto, que no pudiera dar un golpe, lo que me quitaba más tiempo.

En un momento, me vi parado frente al escaparate de un tienda. Una maniquí desnuda, de madera, boquiabierta mostraba su cráneo sin pelos y una crispatura en la cara que parecía disimular un ataque de náuseas. Su asiento era una silla de ruedas. En algún momento, habían hecho girar su cabeza hacia la calle, de modo que sus ojos de pasta sin color definido miraban por encima de mi. Entonces, se abrió una rendija en el tabique posterior de la vitrina y entró a escena una figura masculina, vestida con desenvoltura, a la manera de un actor profesional, interesado en llamar la atención. Cargaba una caja de cartón voluminosa, de la que sobresalían extrañas piezas de color rosado. Una mirada neurótica del jovenzuelo se dirigió al cristal, sus pestañas temblaron y hasta pensé que iba a ejecutar un paso de baile en honor de su único involuntario espectador; pero en el mismo instante sus propósitos dieron un vuelco repentino y desde ese momento se entregó de un todo a la tarea de cubrir casi toda la anatomía de la muñeca con las piezas que iba a sacando de la caja. Eran aparatos ortopédicos. Cuello, brazos, manos, rodillas, pies... En pocos momentos, la muchacha quedó lista para el baile. El pequeño se retiró dos pasos y observó el resultado con gesto de conocedor.

Ese fue el momento en que en la luna del fondo de la vitrina, se hizo presente la figura espigada y un tanto irregular de un desconocido. Su manera de vestir chocaba con la generalidad del ambiente. Estaba mirando hacia acá desde el otro lado de la calle y diría que hasta me observaba con curiosidad y sin perder detalle; agregando su interés al cuadro en su conjunto.

Giré hacia él, y por un momento la calle vibró en medio de nosotros como si sólo estuviera impresa en el aire y careciera de espesor. Inmediatamente, el desconocido volvió la espalda y empezó a desaparecer en medio de la gente. Un equipo de futbolistas uniformados, había invadido repentinamente el lugar y acabó por sacarlo de escena. Crucé la calle y subí a la otra acera, pero el desconocido ya no estaba. Esa cara, ese retrato en su conjunto, si en realidad hubo algo allí, me ha estado persiguiendo hasta el día de hoy. No me sorprendió que apareciera de repente en la plaza del Pi, tal como lo he contado y tampoco en la escena de la fiesta.

Iba caminando con Dalmau por en medio del gran salón, todavía sin que ninguno de los presentes hubiera reparado en el extraño, y eso que la estampa de mi forastero bien podía haber sido recortada de un escenario de opereta, más bien fantasmagórica. Pensé en un personaje de Offembach, pero, tras una mirada de reojo, rechacé cualquier hipotética semejanza en esa dirección. Adoro a ese alemán fantasma constructor de fantasmas; pero ya sería exagerar sin motivo.

Sin entusiasmo, correspondí a un par de saludos de personas de mi mismo sexo y finalmente salimos a una amplia terraza suspendida en la oscuridad, donde aguardaba una sorpresa de bienvenida para mi acompañante: una vista de la ciudad de Caracas, desplegada en el horizonte. Todo un suceso para un recién llegado.

Joan se prodigó, galante:

-No sé de qué os quejáis. Tenéis una ciudad que es una pantalla de cine; un hito de la llamada modernidad de hoy, tan diferente a nuestras metamorfosis de estilo modernista. La musa leve, policroma y arabescada que cubrió hasta el último espacio en blanco del recién llegado Siglo XX. Pero esto es otra cosa: hasta me parece que empiezo a ver aquí a Fred Astaire y Ginger Rogers bailando Cheek to Cheek sobre un telón de millones de vatios chisporroteantes y un almidonado blanco y negro. Después, el technicolor lo cubrió todo con la tapa de una caja de chocolates. Pero vuestra frívola modernidad de luces indi-

rectas y escaleras rampantes por donde se deslizaban las ágiles coristas, ya es un paciente terminal. No pasará el milenio. En el próximo Siglo, vuestra Caracas podrá ser una ciudad museo.

-Le confieso que no se me hubiera ocurrido nada igual. Caracas, museo de su propia irracionalidad. Aquí hemos juntado todo lo que pudo entrar en el caos, sin derramarse. Una armazón febril, ahora convertida en reliquia, que para mayor incongruencia ha quedado cabeza abajo. Los desposeídos cuelgan de las nubes; la opulencia se adhiere a la tierra en un valle que desdeña la línea recta y a poco andar se devuelve, dobla la cabeza y se lanza en espiral hacia arriba o corre a refugiarse en sus propias entrañas. No por nada, una de sus esquinas tradicionales se llama Cristo al Revés. La gente vendrá aquí para ver al ícono invertido comido por el óxido. ¿Sabe usted, don Juan? El Señor Dalmau, una vez pasado a la ficción tendrá por escenario de sus aventuras la ciudad de Caracas. La naturaleza se le pondrá en contra. El verde de la vegetación tendrá la persistencias de una idea fija, que da vueltas sobre sí misma. La montaña, que está ahí en frente, cuando la veamos a la luz del sol, nos hará saber que estamos llenos de agujeros por donde el tiempo cruza sin detenerse.

Otra vez su risa; pero en esta ocasión el sonido se cubrió de un matiz nasal y agreste, parecido al timbre de los instrumentos de la sardana.

-No temáis nada a este respecto, amigo mío. Soy un personaje de probeta y por lo mismo carezco de realidad previa. Es verdad que la escena de la Plaza del Pi tuvo de donde cortar; lo mismo que la visita, podríamos decir furtiva, que hicisteis a la casa del Puxet... Espero no la echéis al olvido. Por cierto, no me disgustaría pasar un tiempo en esta ciudad atarantada, donde abundan los pasos a nivel, como si pretendieran imitar al futuro.

-En Caracas todo es nuevo. No hay nada qué coleccionar.

-No olvidéis lo que os dije hace un momento: pronto, la ciudad entera será coleccionable. Si os parece, yo podría venir de curador.